

importantes llegaron á Alcalá en el otoño de este mismo año 1546, y fueron el Dr. Miguel de Torres y el P. Cristóbal de Mendoza, enviados por San Ignacio desde Roma (1). El P. Mendoza se aposentó, según parece, en el patio de Mataperros; pero el Dr. Torres, cuya entrada en religión no debía publicarse todavía, se hospedó en el colegio de San Ildefonso (2), y allí fué dando cuenta á la universidad de los negocios cuya gestión había tenido en Roma. Acabada esta diligencia, dirigióse á Madrid para verse con el P. Araoz, á cuyo lado anduvo varios meses en Monzón, Zaragoza y otras partes, hasta que á fines de 1547 volvió á presentarse en Alcalá (3).

Entretanto, la humilde comunidad, presidida por Villanueva, continuaba en sus ejercicios piadosos y en sus tareas literarias, aunque la necesidad de buscar limosnas y el dar Ejercicios á varios que los pedían, no dejaban mucho tiempo al humilde rector para estudiar su gramática. Los brillantes sermones predicados por el P. Araoz en Alcalá, en la Cuaresma de 1547, acreditaron mucho á la Compañía, y despertaron en algunos jóvenes el deseo de pretenderla. El primer admitido, después del P. Valderrábano, fué un paje de D.^a Leonor Mascareñas, portugués, llamado Duarte Pereira. Á este siguió un sacerdote granadino, de unos treinta años de edad, hombre de suave conversación, de mucha mansedumbre y de bastante talento para el púlpito. Su nombre era Juan Álvarez, pero al entrar religioso quiso llamarse Juan Pablo Álvarez, quizá por el deseo que tenía de imitar la santa vida del Apóstol de las Gentes. Otros jóvenes estudiantes llamaron á las puertas de la Compañía; pero el H. Villanueva les hizo esperar para asegurarse más de su firmeza en la vocación (4).

Cuando llegó el verano de 1547, temiendo Villanueva las enfermedades del año anterior, determinó sacar á los Hermanos de su mezquina habitación, y llevarlos á pasar los calores en una casa del duque de Maqueda, situada en Monasterio, cerca de Galapagar. Parece que el Dr. Ortiz fué quien le inspiró el pensamiento y le facilitó el

(1) Polanco, *Historia S. J.*, t. 1, p. 185. No sabemos el día preciso en que llegaron estos Padres á Alcalá. Por dos cartas del P. Mirón se ve que habían llegado á Valencia á principios de Noviembre. Es de creer que antes de terminar aquel mes estarían en Alcalá. *Epist. mixtae*, t. 1, p. 325.

(2) Castro, *Hist. del colegio de Alcalá*, l. II, c. VI.

(3) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 332. Por esta carta se ve que el P. Torres llegó á Madrid á principios del año 1547. Para saber los viajes que hizo con el P. Araoz, véanse en el mismo tomo las páginas 339, 387, 390 y 493.

(4) Castro, *Historia del colegio de Alcalá*, l. II, c. IV.

sitio. No bastó esta precaución para prevenir el mal que se temía. Todos, excepto el P. Valderrábano, cayeron enfermos como el año anterior. El buen Dr. Ortiz, compadecido de esta desgracia, recogió á todos los enfermos y los llevó á su casa de Galapagar, donde los asistió y curó como si fueran sus hijos. Agradecieron los Nuestros tanta caridad, y con sus fervorosas oraciones y paciencia en los trabajos procuraban corresponder á los buenos oficios que con ellos se hacían. No fué estéril esta virtud de nuestros enfermos. Movidas con el ejemplo de ella tres personas de la servidumbre del Dr. Ortiz, se decidieron á entrar en la Compañía. Era la principal, el licenciado Pedro Cavallar, capellán del doctor, hombre de unos treinta años, que poseía algunos beneficios eclesiásticos y los anejó todos al colegio de Alcalá. Imitóle Diego Cavallar, sobrino suyo, estudiante, de quince años, y otro joven llamado Juan Sánchez, del cual no tenemos noticias particulares (1). Cuando hubieron convalecido los enfermos, volvió la comunidad á Alcalá; mas como observasen que la habitación de Mataperros era tan insalubre y había de ocasionar forzosamente las mismas enfermedades, buscó Villanueva otra vivienda menos incómoda, y la halló en unas casas del librero Atanasio Salcedo, que estaban fuera de la puerta de Santiago, y se alquilaron por poco precio. En estas casas se acomodaron al empezar el curso de 1547, cuando fué constituida la Provincia de España.

5. Con la fundación de Alcalá está muy unida la de Valladolid, pues, como hemos visto, en esta ciudad reunió el B. Fabro, el año 1545, el grupo de jesuítas que debían dar cuerpo á las dos comunidades de Valladolid y Alcalá. Efectivamente, cuando en el otoño de aquel año se juntaron nueve de los Nuestros en la primera de estas ciudades (2), y Fabro trató de trasladarse en seguimiento de la Corte á Madrid repartió sus súbditos en esta forma: los Hermanos Manuel López y Maximiliano Capella fueron remitidos á Alcalá; el P. Andrés de Oviedo fué destinado al colegio que debía abrirse luego en Gandía; el P. Francisco de Rojas volvió á Valencia, donde ya había estado algún tiempo, y el H. Hernando de Avendaño acompañó á Fabro á Madrid. Quedaron en Valladolid, para empezar el colegio, el P. Diego Méndez, sacerdote de Alcalá, recién admitido en la Compañía, á quien llama el P. Araoz «hombre de gran juicio y harto bien proveyo y experto en confesiones»; el bachiller Juan González,

(1) Castro, *Ibid.* l. II, c. VIII. Ribadeneira, *Hist. de la Asistencia*, l. I, c. VI.

(2) Polanco, *Historia S. J.*, t. 1, p. 163.

«bien entendido y de mucho ejemplo», y el hermano Hermes Poen, flamenco, «bien docto y de grande fervor» (1).

Ni Fabro ni Araoz nos dicen en sus cartas dónde y cómo se alojaron los tres individuos que formaron este colegio. El P. Luis de Valdivia, que un siglo después escribía la historia de los colegios de Castilla, dice que estos primeros Padres habitaron al principio en el sitio de Nuestra Señora de la Antigua, que poco después se pasaron á vivir á una casa de la calle de Teresa Gil, y que, finalmente, en el año 1547 consiguieron de la ciudad que les diesen para habitación un hospital pequeño, que era de los cofrades de San Lázaro y de San Antonio de Padua (2). Estas noticias, aunque recogidas un siglo después, merecen crédito por haberse escrito en Valladolid, donde vivió veinte años el P. Valdivia, y donde no faltaría alguna tradición del hecho. Por lo demás, la historia de este colegio es bastante oscura en sus principios. El P. Valdivia, en el pasaje citado, dice que no sucedió cosa digna de historia hasta el año 1554, y, efectivamente, ni en las cartas de Fabro y Araoz, ni en la Historia de Polanco, ni en ninguna relación antigua, descubrimos sucesos particulares de este colegio, hasta pasados algunos años.

6. Más vida tuvo desde sus principios el colegio de Valencia, que puede llamarse en cierto modo el más antiguo de España, pues estaba formalmente constituido desde el verano de 1544. La idea de esta fundación se debió al P. Jerónimo Doménech, aquel joven canónigo de Valencia, que el año 1539 se había juntado con Fabro y Laínez en Parma. Como poseía bastantes bienes en el siglo, ocurrióle el pensamiento de levantar con ellos un colegio de la Compañía en su patria. Trató el negocio con San Ignacio, y escribió á su padre y parientes. Cuando á fines de 1543 fué enviado de Roma para Coimbra el P. Araoz, se le ordenó pasar por Valencia y examinar de cerca la disposición que había para hacer el colegio, así en los ciudadanos, como principalmente en el Sr. Pedro Doménech, padre de nuestro

(1) *Epistolae mixtae*, t. I, p. 275. El P. Ribadeneira (*Hist. de la Asistencia*, l. I, c. v.) pone el principio del colegio de Valladolid en el año 1546; pero la carta del B. Pedro Fabro, en que habla de la repartición de los sujetos citados en el texto (*Cartas del B. Pedro Fabro*, t. I, p. 282), nos certifica que el colegio se empezó en Octubre del año anterior. Dice Fabro, que se ha quedado con Hernando, y que «ha dejado en Valladolid al P. Méndez, al bachiller González y Hermes». Esto se escribía el 16 de Noviembre de 1545. Ya quedaba, pues, constituido el colegio de Valladolid. Como el P. Ribadeneira nunca vivió en Valladolid, son pocas y no muy seguras las noticias que da sobre los orígenes de este colegio.

(2) *Colegios de Castilla*. Valladolid, § 1.

Jerónimo. Ya recordará el lector el grandísimo entusiasmo que excitaron en Valencia los sermones del P. Araoz durante la Cuaresma de 1544 (1). No es, pues, de maravillar que las personas principales de la ciudad acogiesen con júbilo el pensamiento de la fundación. Sobre todo, el Sr. Pedro Doménech se mostró muy dispuesto á secundar la idea de su hijo. El P. Araoz comunicó estas noticias á nuestro Padre San Ignacio, y éste, deseando aprovechar tan buena ocasión, escribió al P. Diego Mirón, valenciano y rector del colegio de Coimbra, mandándole partirse á su patria con algunos compañeros para empezar el colegio que deseaba fundar el P. Jerónimo Doménech.

Obedeció luego Mirón, y tomando al P. Francisco de Rojas, castellano, y á los Hermanos Antonio Muñiz, postugués, y Jacobo Romano, encaminóse á Valencia, donde entró el 1.º de Julio de 1544.

He aquí cómo describe él mismo en su primera carta dirigida desde Valencia á San Ignacio, la entrada que hicieron en esta ciudad: «Allegando aquí nosotros á Valencia, escribimos luego, dando aviso á V. R. cómo llegamos aquí el 1.º de Julio con el auxilio del Señor, y más con cuánto amor y caridad nos recibieron esta bendita gente, la cual, por gracia del Señor, siempre la muestran con la mucha diligencia que ponen en mirar lo que es menester para nuestro asiento. Hasta ahora hemos estado en casa de un devoto Padre sacerdote, hasta tanto que hallásemos un aposento cerca del estudio [universidad]. Así lo hemos hallado, y nos pasaremos luego á morar en él. Está junto al estudio general, y es buen aposento para los estudios, porque tiene mucho espacio dentro, con algunos naranjeros á modo de huerta.... Hasta ahora no somos idos al estudio, hasta que se empiece los cursos por San Lucas. Hannos ocupado mucho en confesiones y conversaciones hasta ahora. Con la ayuda del Señor, de aquí adelante tenemos propósito de más recogernos para ir adelante con nuestros estudios, y solos los sábados á la tarde y domingos ocuparnos en confesiones y comuniones.»

Al fin de la carta dice lo que piensan hacer los cuatro en comenzando el curso. «El Padre y Hermano nuestro Rojas ya escribe á V. R. Parésceme habrá de empezar las artes. Jacobo también oirá artes ahora al principio. Moñiz me dice que tiene necesidad de oír filosofía, aunque ya ha oído el curso de las artes, porque dice que las estudió mal y toda la lógica muy bien. Yo iré adelante con mi teología el

(1) *Vide supra*, c. II.

tiempo que pudiere, y tengo mucha necesidad de estudiar, porque en Coimbra no tenía lugar para eso» (1).

Con este plan empezaron á trabajar los cuatro en Octubre de aquel mismo año. Llamará la atención de algunos lectores el ver que hablamos de colegios y que nada decimos de lo que allí se enseñaba, y lo que es más, que ni había posibilidad de enseñar, componiéndose aquellas comunidades de unos pocos sujetos, y éstos estudiantes, más bien necesitados de aprender, que dispuestos para la enseñanza. Para entender esto, téngase presente que en la Compañía la palabra colegio se toma por casa de estudios, ya sea un establecimiento para enseñar á los seglares, ya sea una casa para formarse en las letras nuestros jóvenes religiosos. En los primeros años de la Compañía era preciso, antes de llegar á lo primero, empezar por esto segundo, y así, durante algún tiempo, esto, y no más, fueron los colegios de la Compañía.

Mientras se empleaban en el estudio los cuatro del colegio de Valencia, daban también los Ejercicios á algunos seglares, y el 7 de Marzo de 1545 escribía Mirón que ya tenía tres ganados para la Compañía, que habían hecho voto de entrar en ella. Pronto se acrecentó el número de los Nuestros en el nuevo colegio, pues el P. Simón envió de Portugal algunos individuos, entre los cuales descollaba el P. Luis González de Cámara, joven nobilísimo, recién entrado en la Compañía, á quien se envió á Valencia para alejarle de sus poderosos parientes, que deseaban á todo trance hacerle abandonar su vocación y volverle al seno de la familia. También San Ignacio suministró desde Roma algunos individuos más.

Bien necesario era este refuerzo de nuevos hombres y de nuevo fervor, pues no todo fué prosperidad en el naciente colegio de Valencia. En los tres años que corrieron desde su apertura hasta la formación de la Provincia de España, hubo dentro de casa pesadumbres gravísimas que ejercitaron bien la paciencia del P. Diego Mirón. Por una desgracia singular, ninguno de los tres compañeros que llevó para empezar el colegio, perseveró en la Compañía. El más respetable de ellos, que era el P. Francisco de Rojas, empezó muy pronto á malearse y á sacudir el yugo de la santa obediencia. No sabemos cosas particulares suyas, pero por algunas indicaciones de las cartas de entonces (2) adivinamos que no andaba derecho, y

(1) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 176.

(2) *Vide Epistolae mixtae*, t. 1, p. 257.

ya en el año 1548 estaba San Ignacio dispuesto á despedirle de la Compañía; pero remitió el negoció al P. Araoz y á San Francisco de Borja (1). Éstos procuraron enderezar á Rojas, y en parte lo consiguieron (2), pero no fué duradera la enmienda. Aunque Rojas vivió algunos años en la Compañía, por fin faltó á su vocación (3).

El H. Antonio Muñiz también empezó á turbarse poco tiempo después de llegar á Valencia. Acabó de perderle un hecho que ocurrió por Junio de 1545. Un día en que él solo estaba en casa, por haber salido Mirón y los demás á ministerios espirituales, se presentó de repente un hermano suyo seglar, y exponiéndole necesidades verdaderas ó falsas que padecía, le suplicó que le hiciese donación de ciertos bienes que el Hermano había tenido en el siglo, y que al entrar religioso había dado al colegio de Coimbra. El pobre Muñiz, sin esperar al P. Mirón, sin consultar el caso con nadie, dejándose llevar de su afecto natural, allí mismo firmó un papel, en que hacía donación de aquellos bienes á su hermano seglar. Cuando venido á casa el P. Mirón entendió lo que había pasado, reprendió al considerado Muñiz, y le demostró la nulidad de aquella donación, pues él tenía voto de pobreza, y aquellos bienes ya estaban dados y entregados en debida forma al colegio de Coimbra. Reconoció su yerro el Hermano, pero no se aquietó. Aferrado á su idea de socorrer al seglar, no sosegó hasta conseguir que le enviasen al colegio de Coimbra, donde esperaba que el P. Simón Rodríguez rescindiría la primera donación (4).

Quando un hombre se deja dominar hasta tal punto de un afecto desordenado, su vida en la religión es imposible. Al poco tiempo de llegar á Coimbra, salió Muñiz de la Compañía. Siguiendo los impulsos de devoción que sentía, empezó á pasar la vida peregrinando de santuario en santuario. Al año siguiente de 1546, habiendo llegado á Monserrat, sintió fuertes remordimientos de conciencia por su pasada defección, y determinóse ir á Roma para pedir perdón de su falta. Llegado á la Ciudad Eterna el 12 de Abril, se aposentó en el hospital de San Antonio, y desde allí escribió á San Ignacio una carta

(1) *Regest. S. Ign.*, t. 1, f. 115.

(2) Véase en Alcázar (*Chrono-historia de la Provincia de Toledo*, t. 1, p. 125) la afectuosa y sentida carta que le escribió San Francisco de Borja, exhortándole á la obediencia y á la entera sumisión á sus superiores.

(3) Polanco, *Hist. S. J.*, t. 1, p. 248. No he podido averiguar el tiempo preciso en que salió de la Compañía, pero debió de ser entre 1556 y 1558.

(4) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 218.

sentidísima, confesando su culpa y pidiendo misericordia por ella. El Santo le hizo trasladar á otra casa donde estuviese mejor hospedado. Otro día, sin decir nada á San Ignacio, salió á visitar las estaciones de Roma, desnudo de la cintura arriba y disciplinándose sangrientamente. Parece que el santo patriarca estaba dispuesto á recibirle de nuevo; pero al poco tiempo murió el buen Muñiz, tal vez por los excesos de su penitencia (1).

Tampoco perseveró en Valencia ni en la Compañía el otro Hermano llamado Jacobo Romano. No sabemos porqué, empezó á turbarse muy pronto y á decir que deseaba entrar en otra religión más áspera y penitente. Enviósele á Roma, y como allí no renunciase á su idea, ó por mejor decir, al deseo de volver al siglo, fué despedido de la Compañía. Bien se vió que no le movía el deseo de penitencia, pues, como dice Ribadeneira, «la primera cosa que hizo en saliendo, fué buscar un amo á quien servir. Dentro de pocos días (continúa el mismo autor) le dió una enfermedad y le llevaron al hospital de San Juan de Letrán, donde acabó su vida» (2).

Mayores disgustos que los precedentes ocasionó otro Hermano llamado también Jacobo, natural de Milán, que había sido mandado en 1545 para fundar el colegio de Gandía, y pocos meses después remitido á Valencia para estudiar. Desde luego conocieron que era absolutamente inhábil para los estudios, y por eso le aplicaron á los oficios de coadjutor temporal (3). Cerca de un año continuó en este estado; pero fuese por soberbia, fuese por natural inquietud de su carácter indómito, él comenzó á desasosegarse, y en la primavera de 1547 se fugó del colegio. Encontróle San Francisco de Borja cuando iba á las cortes de Monzón, y llevándole consigo á esta ciudad, le detuvo en ella algún tiempo. El prófugo, mostrando volver á mejores sentimientos por las palabras del santo y del P. Araoz, que por entonces se hallaba en Monzón, se despidió de ellos, diciendo

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. 1, p. 242. En esta carta refiere el Santo la penitencia de Muñiz, y puede verse en el mismo tomo, pág. 449, la carta de Muñiz á San Ignacio. El P. Orlandini (*Hist. S. J.*, l. v, n. 76) da á entender que Muñiz fué de nuevo admitido en la Compañía por el santo patriarca, y lo mismo escribió el P. Baltasar Téllez (*Chronica da Companhia de Jesu em Portugal*, l. 1, c. xxxiii); pero en los documentos contemporáneos no veo claro el hecho de su recepción. Nótese, además, el yerro cronológico de Orlandini, que pone la penitencia de Muñiz en el año 1545, siendo así que sucedió en Abril de 1546, como lo prueban la carta de San Ignacio y otra de Araoz. (*Epist. mixtae*, t. 1, p. 281.)

(2) Diálogos.

(3) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 301.

que iba á verse con San Ignacio (1); pero en vez de ir á Roma, he aquí que se presenta de nuevo en Valencia. Tanto se humilló y rogó al P. Mirón, que éste le admitió en casa, y en castigo de su pecado le impuso varias penitencias, y entre ellas el trabajar habitualmente en la huerta. Á los pocos días volvió á desaparecer de casa. Descubriéronle después en Játiva, donde se había puesto á servir de mozo de espuelas á un caballero. La causa de su defeción la atribuían los Nuestros en gran parte á falta de talento; pues, como escribía el P. Oviedo á San Ignacio, era Jacobo «mochachonazo muy simple y falto de discurso natural» (2). Quiso la misericordia divina que al fin abriese los ojos, y arrepentido de su culpa volviese á la Compañía, en la cual vivió treinta años sirviendo de coadjutor temporal, hasta que murió religiosamente en Gandía el año 1577 (3).

7. Intimamente ligada con la fundación de Valencia estuvo la del colegio de Gandía, que se debió, como todos saben, á la generosidad de San Francisco de Borja. Ya en la cuaresma de 1544, cuando el P. Araoz pasó por Gandía, le propuso el santo duque esta fundación, y si no se apresuró más á poner en planta su idea, fué porque durante algún tiempo estuvo pensando en abrir un colegio para catequizar solamente á los moriscos, que abundaban mucho en el estado de Gandía. Bien consideradas las cosas, se juzgó más oportuno fundar un colegio de la Compañía, no para los moriscos, sino para todos los que quisieran aprovecharse de nuestra enseñanza. Escribióse, pues, á Ignacio, haciendo la propuesta, y el santo fundador aceptó el colegio en carta del 14 de Marzo de 1545, á la cual respondió Borja, con especiales muestras de agradecimiento el 28 de Mayo del mismo año (4).

Para dar principio á este colegio, dispuso San Ignacio que se dirigiesen á Gandía dos sujetos notables, que estudiaban en Coimbra. Era el uno el P. Andrés de Oviedo, cuya vocación referimos más arriba, y el otro el H. Francisco Onfroy, á quien llamaban vulgarmente Francisco Gallo, por ser de nación francés. Con estos dos debían juntarse otros cinco que San Ignacio mandó de Roma, y eran el H. Ambrosio de Lyra, belga; los Hermanos Juan Gotta y Pedro Canal, franceses; el H. Alberto Cavalino, modenés, y el H. Jacobo, mi-

(1) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 392.

(2) *Ibid.*, p. 438.

(3) Álvarez, *Hist. de la Prov. de Aragón*, l. III, c. xxvi.

(4) *Epist. S. Franc. Borgiae*. Gandía, 28 de Mayo 1545. No se conserva la carta de San Ignacio; pero su fecha y la aceptación constan por esta carta de San Francisco de Borja.